

Cuadernillo central
especial Zamora mira al FUTURO

La «resistencia» ante la
crisis económica
identifica a los
empresarios locales



Aspecto de
Santa Clara,
arteria
comercial.

ZAMORA, 31 DE JULIO DE 2011

dominical

La Opinión



Primer turno de acampados en el año 2006.

(©) Fotos R. A. L.

Generación Doney

Los campamentos del padre Sotillo en el pueblo de la Requejada cumplen 25 años con el aprendizaje de la convivencia y la tolerancia como máximas

Las bodas de plata de los acampados de Doney

La iniciativa del padre Sotillo sigue en pie en el pueblo de la Requejada, por el que han pasado cientos de niños en 25 años

◆ Rafael Ángel García Lozano

Hace veinticinco años tomó cuerpo el ambicioso proyecto de hacer realidad un campamento en el que se persigue ofrecer al niño una educación integral, radicada en los valores humanos y cristianos. Desde el primer momento comenzó una intensa labor educativa que puso en movimiento a unas pocas personas con buena voluntad, interés y ganas de trabajar. Empezaron entonces, de forma más que modesta y sin excesivas pretensiones, los campamentos de Doney.

De los inicios al presente

Tras una buena experiencia y de varios años en los campamentos misioneros al pie del monasterio burgalés de Silos, se necesitaba un ámbito más íntimo para el trabajo con los chicos. Las descomunales cifras de Silos, que juntaban a más de 500 acampados a la vez, se quedaban grandes para una forma de trabajar que requería de mayor cercanía y menor dispersión en la masa. El Padre Sotillo probó suerte en los campamentos de Carítas junto al lago de Sanabria, pero fue imposible hacerse hueco debido a que la demanda de las parroquias y otros movimientos apostólicos tenía copada entonces todos los turnos disponibles. Este traspás motivó mirar a su pueblo natal, Doney de la Requejada. Se puso a su disposición una pradera del común entonces abandonada, muy próxima a la localidad pero convenientemente apartada, junto al río Negro, donde el cielo nocturno se contempla como en pocas partes. Transcurría 1986.

Con varias tiendas de campaña agrupadas y colocando la cocina en el porche del viejo molino empezó este campamento con un grupo de jóvenes dos años antes. La tienda verde que aún hoy perdura hacía las veces de comedor. Después vinieron unas familias del movimiento carismático de Zamora y enseguida alumnos principalmente de los colegios Corazón de María y Medalla Milagrosa, aunque sin exclusiones. El propio Sotillo, Tere Arribas, Luis Javier Alonso, Abilio, Daniel Romano, José Manuel Maderal y alguno más empezaron a tirar del carro. Al comenzar la segunda legislatura de Luis Cid en la Diputación Provincial se iniciaron los pasos para construir el edificio bajo proyecto del arquitecto Emilio Pérez. Algunas subvenciones, la venta de papeletas de lotería en Navidad y la propia contribución de la matrícula de los acampados en menor medida fueron levantando el inmueble. También el trabajo desinteresado de la mayoría.

Los primeros años los acampados nos cepillábamos los dientes directamente usando el agua del río junto al molino, donde también lavábamos las perlas y los platos, nos apañábamos hasta diez críos en tiendas donde hoy duermen cuatro o cinco y nos enseñaron a reptar por la pradera con el juego más mítico de Doney, el Stratego. No había duchas, ni ventanas, ni corriente eléctrica, y el camping gaz o un generador aportaban luz a las oraciones de la noche y al caneco de leche de antes de irse al saco de dormir. Las misas

del día de la familia se celebraban en una pradera más allá de la zona de baño y el gobierno permitía hacer fuegos de campamento.

Una línea de trabajo muy concreta

Poco a poco se fue forjando una forma de bajar, resultado de la línea marcada por el padre Sotillo y la impronta del personal de cocina y los monitores que han pasado por este campamento sirviendo a los demás. Y han sido más de una centena y media. La paga siempre ha sido una camiseta, una pañoleta y la satisfacción por trabajar mucho y dormir bastante poco. Aunque pueda resultar paradójico, ésta es una de las claves de este proyecto: la absoluta gratuidad de la mano de la exigencia. Los críos siguen siendo el centro del campamento y su educación el objetivo fundamental, nunca el mero entretenimiento. Con esta filosofía de fondo nació en su día Doney, que cada año quiere seguir renovando y actualizando este compromiso.

Poco a poco en el campamento se fueron institucionalizando distintos turnos que se sumaron al originario. En julio se formaron dos, coincidentes con las dos quincenas del mes concluyentes los domingos segundo y cuarto, de pequeños y mayores respectivamente, hasta octavo de EGB como tope. Corría 1989. Diez días en segunda quincena de agosto se reservaron para los más pequeños y finalmente entró en escena un turno de algo menos de una semana en los días anteriores a la fiesta de la Asunción para los adolescentes. De este modo se hacía posible una cantera que mantenía la continuidad de los chavales como ayudantes de monitor en cualquiera de los turnos donde se necesitase.

Las primeras dificultades económicas y más tarde institucionales se fueron solventando, co-



El segundo turno de 2001 en una excursión a la laguna de Truchillas.



Una foto que hace historia: primera acampada en Doney.



Uno de los turnos, dedicado al Imperio romano.

mo si algo asegurara que la obra que se había iniciado debía seguir adelante. Y en este punto se encuentra el campamento, gozando de buena salud, la confianza de los padres y la satisfacción

por el trabajo realizado cada verano. Un proyecto que no es sino resultado de la voluntad de muchos por entretener una peculiar forma de vivir cada uno de los últimos veinticinco veranos con todos los amigos que hallarás en Doney.

Testimonios para 25 años

Daniel Romano Muñoz

Monitor desde 1986

Ya han pasado 25 años... Por eso cuando me miro al espejo veo canas... Para mí acudir a Doney año tras año ha supuesto dar y recoger, más de lo segundo que de lo primero. Dar mi tiempo y mis capacidades, puestas al servicio de los demás. Recoger aprendizajes valiosísimos para la vida como la paciencia, el trabajo en equipo, la toma de decisiones, la asunción de responsabilidades, la flexibilidad dentro de una planificación... y sobre todo la experiencia de vivir con



Misa en la pradera del campamento, a mediados de los 90.



Una de las primeras labores de la mañana: recomponer las tiendas.



Construcción del albergue, en los inicios de la década de los noventa.



Uno de los primeros grupos de monitores.

Cinco lustros, casi nada. Veinticinco testimonios conmemoran otros tantos años de Doney. Por razones de espacio aquí se reducen a solo cinco, pero todos los demás se pueden encontrar en www.campamentodoney.org. Todos ellos de personas que han pasado o continúan en la brecha junto al río Negro, contestando a qué supone o ha supuesto para ellos participar en el campamento.

Padre Sotillo

Coordinador del campamento

intensidad cada segundo que he pasado allí, en mitad de la montaña, junto con muchos compañeros de viaje; a unos ya les he perdido la pista y con otros sigo manteniendo una relación que, aunque en la distancia, está llena de cariño y ganas de volver a caminar juntos. La impronta de Doney puede ser la intensidad de lo vivido y el desinterés con el que cada uno de da a los demás en el marco de una montaña casi desconocida para el mundo.

Dice que no le gusta hacer fotos para el mero recuerdo, ni salir en ellas, que lo suyo es trabajar y sembrar en cada chaval. Y es cierto. Por eso no quiere escribir estas líneas. Fernando Sotillo, religioso claretiano, dedica cada año desde hace 25 los dos meses de verano y parte de su oración diaria a Doney, sus niños y monitores. Los campamentos que desde el primer año ha

promovido se basan en una doble clave: educar y anunciar a Jesucristo. Los valores: el sentido cristiano, una sana convivencia y una buena relación entre los monitores y acampados, el espíritu de todos los integrantes para trabajar y colaborar en el ritmo del campamento, el respeto y la necesaria disciplina de grupo. Y la exigencia. Un hombre entregado a los niños y jóvenes.

María J. Sotillo Palacios

Cocinera desde 1989

Doney en el corazón. Esta es la frase que resume mi paso por el campamento. Yo no sería como soy sin haber venido tantos años, desde 1989, a compartir mi tiempo libre con los demás. El campamento saca lo mejor de mí y me hace creer que el mundo puede ser mejor con la voluntad de las personas. Y ahí estamos año tras año para formar chicos que crezcan en los valores cristianos y conseguir así un mundo menos imperfecto.

Soledad Villar

Acampada en 2011

Doney significa para mí 100% diversión y 0% aburrimiento, como para las plantas el agua, como para los peces el mar, porque cuando vas por primera vez luego no puedes dejar de ir. Doney es como una nueva casa y los monitores son como unos nuevos padres, como una nueva familia a la que no puedes olvidar, pero siempre llega el último día y lo que te llevas son unos amigos nuevos y una experiencia magnífica.

Montse Pérez

Madre de dos acampados

Para mí, como madre que nunca he ido a campamentos, es una experiencia fantástica (aparte de que estoy un poco más libre). Veo que ellos están encantados de la vida de estar con otros chavales diferentes o iguales, en algunos casos, del resto del año. Como personas les viene fenomenal.